

Terror según quién

Dionisio Byler

Estos días, cuando la preparación del presente número de El Mensajero, toda la prensa y los medios de comunicación están conmocionados con los atentados yihadistas en París. El año había empezado de la misma manera en la misma ciudad, con el atentado contra una revista francesa de humor irreverente.

Quien escribe estas líneas no estoy, desde luego, capacitado para un análisis político. A lo único que puedo aspirar es a intentar, dentro de mis limitaciones, ser fiel al espíritu de Cristo en todas las circunstancias de mi vida y de la sociedad en que vivo.

Procuro entonces que mi reflexión sea humana, en el sentido de que intento verme como parte de la humanidad entera. Esa humanidad que Dios ama y por la que Jesús murió —sin distinciones de raza y nacionalidad, ni siquiera de cultura ni de religión. Desde esa perspectiva, me resulta curioso el filtro con que unos actos se tachan de terrorismo y otros no; o que admitiendo que diferentes actos puedan calificarse propiamente también como terrorismo, sin embargo unos provocan alarma y rechazo en un grado muchísimo más encendido que otros.

Supongo que es natural que un atentado en París —como también sucedió en todo el mundo cuando el atentado yihadista en la estación de Atocha en Madrid— se nos antoje un ataque contra los valores occidentales y nuestro estilo de vida. Es fácil imaginar que uno mismo, o sus seres

queridos, bien podría haber sido víctima de ese atentado o puede venir a ser víctima del siguiente.

En cualquier caso, los atentados en París no son más terrorismo que la muerte que llueve desde el cielo en lugares como Afganistán, Siria, Irak o Yemen. Con aviones tripulados, pero cada vez más con drones —esos robots asesinos teledirigidos que están adoptando nuestros políticos y militares occidentales— ha caído desde el cielo muerte en alguna boda, sobre un hospital de Médicos Sin Fronteras, en los lugares y en las ocasiones menos imaginables.

«Daño colateral» es el término que se emplea para decir que aunque es verdad que los occidentales hemos matado a civiles, a niños y otros que nada tenían que ver con el yihadismo, por lo menos fue sin querer —como si eso nos eximiera de culpa. Aunque esto provoca un profundo rechazo moral en toda persona de bien, sin embargo por cuanto sucede en aquellas latitudes y a aquellas gentes, el impacto en nosotros no es el mismo

que cuando mueren civiles en París que tampoco tenían nada que ver.

La definición de terrorismo es que busca someter a toda la población a una condición de miedo, donde nadie se sienta seguro. Con esto se procura avanzar determinadas metas que quien recurre al terror considera justas y loables. No entiendo qué distinción puede haber entre el terror a que están sometidos las gentes del Oriente Medio, y el terror que sienten hoy los parisinos. No entiendo que la indignación y la reacción de odio y venganza de éstos, sea más lógica que la indignación y la reacción de odio y venganza de aquellos. Si en Europa sentimos que sufren ataque nuestros valores y nuestra civilización, esto es exactamente lo que sienten aquellos pueblos también.

Ya lo he dicho: Ni me siento capacitado de un análisis político, ni tampoco soy quién para proponer alternativas políticas en la presente situación mundial.

Lo único que puedo ofrecer es el propósito, como seguidor de Jesús, de



Dron asesino occidental en el Oriente Medio.

También en este número:

Una acción de mediocridad	2
Qué es ser cristianos	3
La Iglesia de los Hermanos	6
Noticias de nuestras iglesias	7
Diccionario: Adviento	8

ver a todo ser humano como mi prójimo, como mi hermano o hermana. Considerar, con Jesús, que todos somos pecadores y hacemos mal a otros a la vez que somos víctimas del mal. Y reflexionar que Jesús vino al mundo para ofrecernos una alternativa real a esta terrible condición humana: la alternativa de amar como Dios ama, perdonar como Dios perdona y esperar y confiar en Dios en lugar de esperar y confiar en nuestra capacidad de vengarnos y hacer sufrir.

Entiendo que nuestros medios de comunicación se conmuevan mucho más encendidamente por los atentados en París, que con la muerte que llueve desde el cielo todos los días en el Oriente Medio. Al fin y al cabo lo de París es noticia. Lo de los drones asesinos y los aviones asesinos tripulados en el Oriente Medio ya no es noticia, porque pasa todos los días. Ya no nos escandaliza, porque ya no nos sorprende.

Pero el resultado de una cosa y la otra es terror. El resultado de una cosa y la otra es que la gente se sienta insegura, sienta que han perdido la capacidad de proteger a sus seres queridos que dependen de ellos.

La respuesta a esto no creo que pueda ser ni militar ni política. Al final, va a tener que ser espiritual. El mundo necesita oír otra vez el viejo mensaje que anunció Jesús ya hace dos mil años, en tiempos del régimen de terrorismo estatal que hoy recordamos como Imperio Romano. El mensaje que preanunciaron unos ángeles del cielo a los pastores de Belén:

¡Gloria a Dios en los cielos! Y en la tierra, ¡Paz a los hombres de buena voluntad!

La batalla más importante es la que está sucediendo aquí dentro, en nuestros corazones. La batalla por ver de igual manera a todo ser humano y considerar con igual indignación todas las muertes que está provocando el presente conflicto. ¡Dios nos libre de la ira y el odio que amenaza con corromper nuestros corazones!



Parábolas para un mundo que vive a corto plazo (VIII) Una acción de mediocridad

José Luis Suárez

Algunas palabras acerca de esta historia

Esta historia nos conecta de una manera evidente y hasta reveladora con el mundo que nos ha tocado vivir, donde la mediocridad ha echado raíces en nuestra cultura y se ha instalado en todos los ámbitos de nuestra vida. Se ha convertido en la norma en nuestra manera de relacionarnos unos con otros en la política, la religión, el mundo laboral y empresarial, las redes de comunicación social e incluso en algo tan hermoso como el ocio.

Hoy en día la consigna que domina nuestra cultura es «todo vale». Por supuesto, en ese todo vale encontramos la mediocridad en todo lo que pensamos, decimos y hacemos. Lo vulgar, lo ordinario, es lo que nos caracteriza.

Lo más grave es que ya nos hemos acostumbrado a tener líderes mediocres, cirujanos mediocres, empresarios mediocres, comunicación en las redes sociales mediocres, trabajadores mediocres y, como en la historia de este mes, albañiles mediocres.

Esta historia contiene mensajes potentes que deben servirnos para una reflexión profunda. Uno de ellos podría ser el coste del progreso en nuestro mundo actual. El progreso

debería ser motivo de gran alegría. Debería permiternos tener una vida más saludable, más llena de sentido, de relaciones armoniosas. Sin embargo muy a menudo resulta en vidas de mediocridad y en relaciones sin mucho significado.

La mediocridad y sus consecuencias

Un albañil que estaba en condiciones de jubilarse le contó a su jefe su deseo de dejar el trabajo de la construcción y vivir una vida más tranquila con su esposa, gozando de la vida familiar. Extrañaría su trabajo porque le gustaba, pero consideraba que ya era hora de descansar.

El jefe lamentó que se jubilara y le preguntó si podría construir sólo una casa más como un favor personal. El albañil contestó que sí, pero fue fácil observar que su corazón ya no estaba en el trabajo. Utilizó ayudantes no cualificados y materiales de baja calidad, todo con el propósito de acabar cuantos antes, sin importarle mucho como quedaría al final la casa. Era una manera de terminar con su profesión lo antes posible.

Cuando el albañil terminó su trabajo y su jefe fue a inspeccionar la casa (que ni siquiera lo hizo, por la confianza absoluta que tenía en su operario), al recibir las llaves de la

casa, el jefe las tomó y le dijo:

—*Esta es tu casa. Es un regalo por todos los años trabajado a mi servicio.*

¡Qué golpe! ¡Qué vergüenza! Si hubiese sabido que estaba construyendo su propia casa, la habría hecho de otra manera (como siempre había intentado hacer); pero ahora tendría que vivir en una casa mal construida, por no haber hecho bien su trabajo.

Lo que esta historia nos enseña

La clave principal de la historia de este albañil no es otra que la palabra mediocridad, que nos conduce a escenarios como: rutina, costumbres, opiniones prestadas, tópicos, chapuzas. Nada nos afecta. La renuncia a mejorar, realizar acciones de baja calidad. Lo ordinario, lo vulgar, es lo que predomina en todo lo que hacemos.

Las razones de esta mediocridad son muchas y se deberían analizar en profundidad, pero sólo enumero algunas: La adicción a soluciones rápidas.

El culto a la rapidez y la velocidad. Lo que cuentan son los fines y no los medios. El vivir en una cultura desbordada a la carta del mínimo esfuerzo. La enfermedad social de la época que nos ha tocado vivir donde todo nos da igual. El virus de las prisas que hace parte de nuestra vida cotidiana.

¿Hay una alternativa a la mediocridad? ¿Podrían ser algunas de las ideas que enumero a continuación una alternativa?

La imaginación creativa, la curiosidad, el asombro, el esfuerzo, la lucha, la utopía (perseguir sueños imposibles), aprender de nuevo. La vida hay que reinventarla cada día.

Llegados a este punto: ¡Cuánto tienen que enseñarnos los más pequeños, los niños, con el asombro, la sorpresa, la fascinación. El no asumir las limitaciones les conduce a grandes descubrimientos! Buscar la excelencia, el hacer bien las cosas, las buenas prácticas, sacar lo mejor de uno mismo. Creer en lo imposible y tener un espíritu abierto y crítico, etc.

Algunos textos bíblicos y frases para la reflexión personal

Y vio Dios que todo lo que había hecho era muy bueno (Génesis 1,31).

Mateo 25,14-30. Aquí se nos narra la historia de un servidor mediocre y dos que buscan la excelencia. Impresiona en este relato las consecuencias de la mediocridad y de la excelencia.

Filipenses 3: 12-16. El apóstol Pablo aspira a la excelencia.

Lo que cada uno haya sembrado, eso cosechará (Gálatas 6.7).

Y sólo cuando hayas alcanzado la cima de la montaña comenzarás a escalar (Gibran Khalil).

Lo increíble de todas las utopías es que son efectivamente realizables (Aldous Huxley).

¡Cuán pobres son las personas que no tienen paciencia! ¿Hay heridas que se sanen de otra manera que no sea poco a poco? (Shakespeare)

Qué es ser cristianos

Antonio González

1ª Parte (de 2)

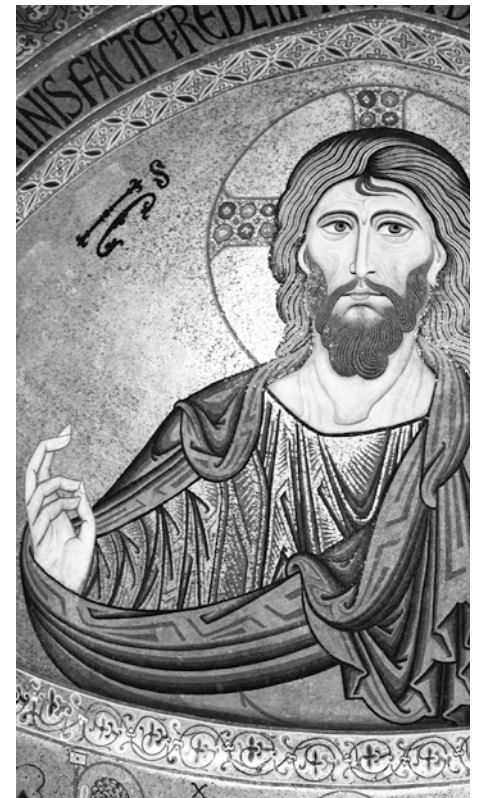
A la pregunta por lo que sea el cristianismo se le ha dado usualmente una respuesta que podríamos llamar «religiosa». El cristianismo sería una especie más del género «religión». Según la filosofía (y en parte la teología) occidental, habría una serie de características presuntamente comunes a todas las religiones, y de las que el cristianismo también participaría. No sólo eso. Para una gran parte de los filósofos, incluyendo los filósofos «ateos», el cristianismo se caracterizaría por llevar a su culminación, para bien o para mal, las características más propias de lo religioso. Así, por ejemplo, para los hegelianos, incluyendo la izquierda hegeliana, el cristianismo llevaría a su plenitud, con la idea de la encarnación, la aspiración religiosa a una unión entre lo humano y lo divino. Desde este punto de vista, el cristianismo sería una

especie de culminación de la historia religiosa de la humanidad.

La religión en el Imperio Romano

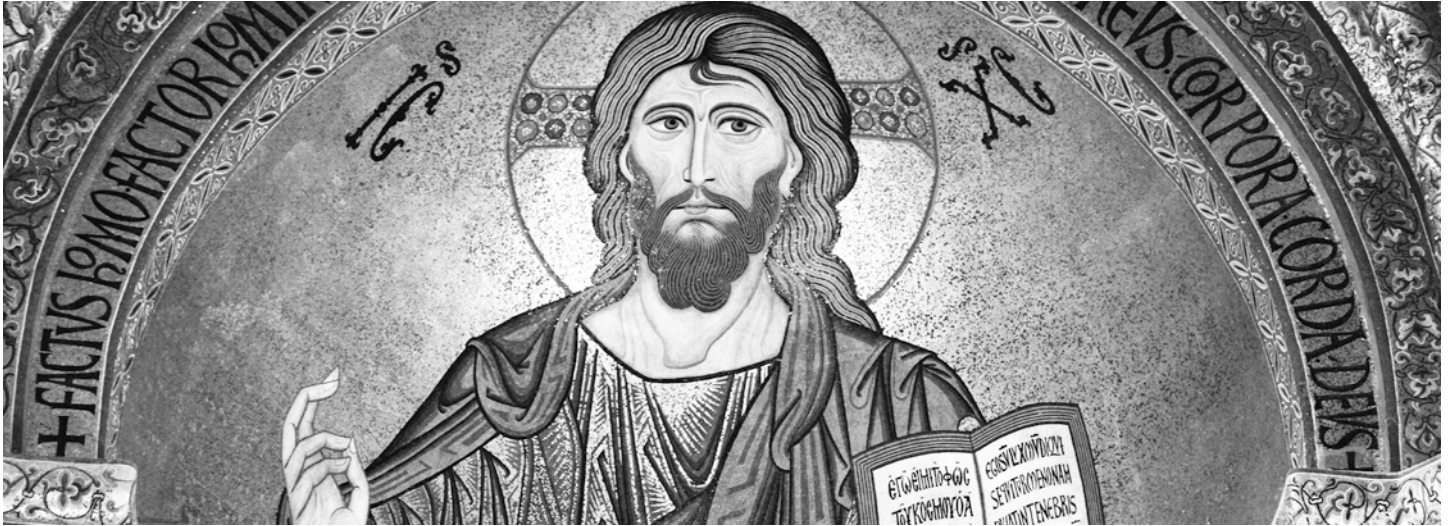
Este tipo de planeamientos pueden ser cuestionados desde diversos puntos de vista. Así, por ejemplo, la misma idea de «religión», ese género del que el cristianismo sería una destacada especie, es una idea relativamente reciente en la historia humana. De hecho, el cristianismo primitivo no encajaba en la idea romana de religión como *cultus deorum*, precisamente porque el cristianismo en sus orígenes carecía de todos los elementos que permitían identificarle como tal: el culto, los sacerdotes y los sacrificios.

Para las autoridades de Roma, esos grupos disidentes, que no reconocían adecuadamente la autoridad del emperador, no podían ser considerados como *religio*, solamente como *superstitio*. Por parte cristiana, la defensa de



El Pantocrátor.

La utilización de la soberanía de Cristo como garante del poder imperial.



su carta de ciudadanía como verdadera religión significó la transformación del concepto mismo de religión: la religión, argumentaba el cristiano Lactancio, no tendría que ver con el desarrollo cuidadoso y reverente de las ceremonias relativas a los dioses (*relegere*), sino que consistiría simplemente en una vinculación a los dioses (*religare*).

Ahora bien, cuando esta reclamación de una carta de ciudadanía se convirtió en un verdadero acceso al poder político, y en una transformación del cristianismo en religión imperial, la vinculación al Dios cristiano ya no pudo ser entendida como una relación personal y libre, sino como una situación a la que se pertenecía por nacimiento, algo que se expresó desde entonces sistemáticamente en el bautismo de los infantes.

¿Qué se requeriría entonces para ser cristiano?

Por una parte, el cristianismo fue cada vez más pareciéndose al viejo *cultus deorum*, asumiendo las liturgias sacerdotales y sacrificiales que encontraba en su entorno. Por otra parte, la certificación de la pertenencia al cristianismo se ejecutaría a partir de entonces mediante la recitación de un *credo*. El cristianismo sería un «sistema de creencias» relativas a lo divino, y como tal podría ser considerado como la «religión verdadera», esto es, el sistema verdadero de creencias, la *vera religio* de la que hablaba Agustín de Hipona.

No deja de ser significativo que este concepto de religión fuera utiliza-

do por los sucesivos imperios «cristianos» allí donde se encontraron con otros sistemas «religiosos», y también es muy relevante darse cuenta que los judíos, que compartían unos mismos orígenes con los cristianos, jamás pudieran entender su propia observancia de la Ley, y su pertenencia a la «casa de Israel», como un sistema de creencias. Es decir: jamás se pudieron entender como «religión» en este nuevo sentido.

Cristianismo y nacionalismos

La historia del cristianismo como «sistema de creencias» es en gran parte la historia de Europa, y la historia del Occidente «cristiano».

De estos sistemas de creencias, lo que siempre se esperó es que fueran capaces de proporcionar identidad y cohesión al viejo imperio romano, y después a las «naciones» que lo sustituyeron. Precisamente para eso los obispos habían sido llamados al poder, cuando el emperador romano los invitó a su palacio, y presidió su primer concilio, en el que se aseguró la doctrina correcta.

Si ésta era la función pública del cristianismo, no es extraño en absoluto que las divisiones políticas de Europa en distintas «naciones» comenzaran siendo precisamente divisiones entre las distintas confesiones cristianas, convertidas ahora en iglesias nacionales. Y tampoco es extraño que la llamada «secularización» de Occidente consistiera en la sustitución de la «religión» por la «nación» como fuente primera de identidad. En el caso europeo, esta

sustitución trajo consigo la dolorosa redefinición de las fronteras, que de ser trazadas por criterios primeramente «religiosos», pasaron a ser trazadas en función de identidades puramente «nacionales».

La secularización, en Europa, no significó el paso de la identidad «religiosa» a la aparición de ciudadanos libres, conscientes y responsables. Esto fue, a lo sumo la ideología o la ilusión de la ilustración. Desde Francia, la cuna de la ilustración, hasta los más recónditos y siniestros rincones del continente, la secularización no constituyó ciudadanía universal y fraternas, sino que más bien forjó nuevas identidades que en lugar de apelar a un «sistema de creencias» relativas a la divinidad, recurrían ahora a nuevos elementos de identidad y cohesión, como podían ser la lengua, el folclore, la sangre, la «historia común» o el sagrado territorio patrio.

La devoción a lo divino fue sustituida por la devoción al propio pueblo y a la propia identidad. Algo que permitiría preguntarse hasta qué punto el fenómeno originariamente europeo del nacionalismo debería ser considerado como un fenómeno estrictamente religioso. Como es sabido, ésta ya fue la tesis de Durkheim respecto al propio nacionalismo francés. Ni siquiera en las formas alternativas del socialismo, que originariamente quisieron superar el nacionalismo, desapareció la idea de una devoción al pueblo, entendido ahora como proletariado. Y en la medida en que los estados socialistas fueron estados nacionales, el

nacionalismo como factor de unidad, cohesión y motivación reapareció en formas diversas.

En todo este proceso, la identidad del cristianismo queda perfectamente al margen, y sin tocar, al menos si entendemos que el cristianismo en su sentido primigenio es aquello que apareció cuando su originador, Jesús de Nazaret, fue considerado como «Cristo», es decir, como Mesías, y por tanto como la única autoridad dotada de legitimidad plena sobre su pueblo, el pueblo «mesiánico», es decir, el pueblo del Cristo, el pueblo cristiano.

De hecho, la sangrienta historia religiosa, secular y nacionalista de Europa es algo completamente ajeno al cristianismo, no sólo en sus intenciones originales, sino también en su configuración primera, aquella que existió durante más de tres siglos, pero que en gran medida fue interrumpida cuando el cristianismo se convirtió en religión imperial. Una configuración que, debido a su pacifismo radical, era perfectamente incompatible con su configuración estatal, es decir, con la identificación de la «religión» con aquella institución que se caracteriza precisamente por pretender el monopolio de la violencia legítima en un territorio. Y una configuración que, después del siglo IV, solamente ha logrado expresión histórica parcial en formas comunitarias ajenas a los poderes estatales, y frecuentemente perseguidas.

La irrupción de una nueva soberanía

Esto nos lleva entonces a una primera aproximación a lo que sea el cristianismo. El cristianismo es, estrictamente hablando, la irrupción de una nueva soberanía, la soberanía del Mesías Jesús.

Si se nos permite la expresión, podríamos decir que el cristianismo consiste en un primigenio, radical y alternativo «soberanismo». Como es sabido, el Mesías (que es lo que significa *Khristós* en griego) es el rey ungido para gobernar sobre su pueblo. El cristianismo primitivo entendió la resurrección de Jesús como la declaración divina sobre su carácter de verdadero Mesías. De ahí el carácter esencial de la fe en la resurrección

para el cristianismo. Sin resurrección de Jesús, no hay entronización mesiánica del crucificado, y sin entronización mesiánica, no hay Mesías. Y, sin Mesías, no hay Cristo, ni cristianismo, pues no acontece la soberanía alternativa en la que el cristianismo consiste.

Cabe entonces preguntarse qué soberanía es la que caracteriza al cristianismo.

A todas luces se trata de una soberanía que no procede de los poderes y autoridades que gobiernan el mundo presente. La respuesta del cristianismo primitivo es simple: se trata de la autoridad misma del Dios de Israel.

En la actualidad, sobre todo en occidente, se ha convertido en moneda corriente la idea de que una de las religiones es monoteísta, lo que incluso lleva a la equiparación del monoteísmo con la forma más normal de religión. Sin embargo, conviene darse cuenta de que, en la historia de las religiones, el monoteísmo es más bien un caso aislado y casi excepcional. La fe de Israel es monoteísta porque entiende, frente a las religiones, que la realidad no es divina, y que por tanto tampoco pueden ser divinos los poderes que se constituyen en esa realidad. La realidad es más bien criatura de Dios, y en cuanto criatura está radicalmente «secularizada». Pero no se trata de una secularización que simplemente sustituye unos poderes por otros. Se trata de una secularización radical, que entiende que las cosas reales, como meras criaturas, no disponen de una autoridad propia a la que el ser humano haya de estar sometido. Frente a las religiones de su entorno, Israel proclama que los astros todos, y las realidades todas, están al servicio del ser humano.

Creados para la libertad

Y esto significa entonces que, desde el punto de vista de la fe de Israel, el ser humano ha sido creado para la libertad.

La humanidad se encuentra, desde este punto de vista, en una peculiar posición. Por una parte, el ser humano es criatura, y en este sentido se encuentra situado bajo la autoridad del Dios creador. Pero por otro lado, el

ser humano es imagen y semejanza del mismo Dios. Así como el Creador es libre de su creación, también el ser humano es libre de todas las cosas reales, y está llamado a ejercer su soberanía sobre ellas. En este sentido, el ser humano es el mayordomo de la creación, destinado a cuidar de ella, y a gobernarla.

Y esto significa, paradójicamente, que el ser humano puede realizar un movimiento propio y exclusivo de su condición: el pecado. La libertad humana es un bien tan esencial en la creación, que el Creador parece haber preferido esa libertad a todos los bienes que se podrían salvaguardar conculcando nuestra libertad. El ser humano, creado a imagen y semejanza de Dios, puede decir «no» a su Creador.

Sin embargo, es importante observar que este «no» tiene una peculiar estructura. El rechazo humano a la autoridad de Dios consiste en la sustitución del regalo por el mérito. El ser humano no acepta el don gratuito de la creación, sino que ilusamente quiere vivir de los resultados («frutos»), buenos o malos, de sus propias acciones.

Ciertamente, ésta es la fuente última de todos los males: el miedo a Dios como juez evaluador, la culpabilización recíproca, la utilización de los demás para producir resultados, la vida sin sentido, embarcada en una lógica imparable de producción. O, también, la competencia, la venganza, o la culpa. Incluso toda forma de religión sacrificial (valga la tautología) obedece a la misma pretensión humana de justificarse ante la divinidad mediante los resultados de sus propias acciones, o de fundirse con la divinidad para incrementar su dominio sobre su propio destino.

En todos los casos, agudamente descritos en los relatos del libro del Génesis, acecha en el fondo la misma lógica retributiva y meritosa, que pretende la justificación de la propia vida por los resultados de las propias acciones.

[Sigue y concluye en el próximo número.]

La Iglesia de los Hermanos

Dionisio Byler

Desde su fundación en Alemania en 1708, la Iglesia de los Hermanos (*Church of the Brethren*) es una denominación cristiana que se sitúa dentro de la tradición anabautista, aunque siempre manteniendo su propia identidad aparte de la de los menonitas y los ámish. Han sido aliados muy estrechos a lo largo de la historia de ambas denominaciones en EEUU. En particular, los menonitas, ámish, huteritas, hermanos y cuáqueros son las cinco «iglesias históricas de paz», que han defendido el derecho a la objeción de conciencia contra el servicio militar como parte de su fe cristiana.

Stan Noffsinger, secretario general de la Iglesia de los Hermanos, afirma que los menonitas y los Hermanos deben procurar trabajar juntos como agentes de reconciliación, por causa de «su común tradición y deseo de ser un pueblo de la *shalom* de Dios y la paz de Cristo en un tiempo cuando hay tanta violencia en el mundo».

El nombre de «hermanos» ha sido adoptado por diferentes grupos con distintos orígenes y tendencias teológicas a lo largo de los siglos —entre ellos, la Iglesia de los Hermanos. Este año por primera vez, esta denominación viene incluida en el censo mundial de agrupaciones anabautistas que publica el Congreso Mundial Menonita (CMM) —aunque solamente se ha contado, para estos efectos, a los Hermanos en Norteamérica.

César García, Secretario General de CMM, explica la inclusión de la Iglesia de los Hermanos en la Guía mundial de CMM. «CMM quiere señalar su reconocimiento de la realidad de que la Iglesia de los Hermanos se ve a sí misma como parte de nuestra tradición anabautista —dice—. Por eso los hemos incluido en este censo de todas las iglesias, grupos y colonias que se ven en continuidad con esa tradición».

Esto no significa que la Iglesia de los Hermanos sea ahora una agrupación miembro de CMM. La Guía mundial incluye también otros cuerpos que están dentro de la tradición

anabautista pero que por diferentes motivos, no se han querido adherir al Congreso Mundial. Según la propia Guía, la cifra total para esta familia es de 2,1 millones de miembros, de los cuales 1,4 millones —67,7%— están en cuerpos afiliados a CMM.

Los menonitas y los Hermanos

Los menonitas, ámish y huteritas tienen su origen en la Reforma Radical de principios del siglo XVI, conocida como movimiento anabaptista. La Iglesia de los Hermanos surge dos siglos después, bajo el liderazgo de Alexander Mack, un miembro de la Iglesia Reformada muy influenciado por el pietismo alemán. En sus orígenes, fue un movimiento de avivamiento que en lugar de enfatizar la doctrina, enfatizaba una fe interior, sentida, que daba como resultado una vida transformada.

Mack y otros pensaban que quienes mejor ejemplificaban este discipulado de Cristo en vida, eran los menonitas.

En 1708, después de convencerse de la necesidad del bautismo de creyentes (que no de bebés), Mack y otros siete se bautizaron en el río Eder, en Schwarzenau, Alemania, dando comienzo así al movimiento de Hermanos. Los primeros Hermanos emigraron a Pensilvania en 1719, asentándose en Germantown, donde también estaban llegando inmigrantes menonitas.

Al igual que los menonitas y ámish, los Hermanos copiaron de los cuáqueros en Pensilvania una forma de atavío «sencillo» (que renuncia a seguir la moda y abandona todo adorno), prohibieron bailar, jugar a las cartas y otros placeres mundanos. También como los menonitas, sufrieron divisiones. Hoy los descendientes de los Hermanos de Schwarzenau en EEUU se hallan diseminados en diez agrupaciones diferentes, desde los que sólo utilizan la tracción equina — como también los ámish— pasando por los fundamentalistas Conservative Grace Brethren, y hasta el grupo



Alexander Mack, fundador de la Iglesia de los Hermanos en 1708.

mayoritario conocido como Iglesia de los Hermanos.

Las guerras de EEUU en el transcurso del siglo XX impulsaron a las diferentes denominaciones que sostienen la no violencia cristiana, a colaborar juntas como «iglesias históricas de paz», para hacer frente a las fuertes presiones militaristas en la sociedad y de parte del gobierno. Juntos consiguieron el reconocimiento de la objeción de conciencia y colaboraron para gestionar el servicio alternativo que prestaban sus jóvenes.

Los Hermanos han experimentado un interés renovado en el anabaptismo a partir del tercer centenario de sus inicios, que celebraron en 2008. A estas alturas, muchos en la Iglesia de los Hermanos se preguntan si no han perdido su identidad, según Denise Kettering-Lane, profesora en el seminario teológico de los Hermanos en Indiana. Abandonando algunas de sus señas de identidad antiguas, los Hermanos vienen participando en diferentes iniciativas con otras denominaciones evangélicas. Los menonitas han sido más reacios a eso, temiendo diluir su testimonio e identidad.

Según Kettering-Lane, los Hermanos tienden a ver a los menonitas como «un hermano mayor, más serio». Piensa que esto puede deberse a su pasado marcado por el martirio. Los Hermanos se han librado del martirio a lo largo de su existencia.

Sin embargo Kettering-Lane sospecha que ese recuerdo de sus mártires puede ser uno de los factores que hacen que los menonitas conserven mejor su sentido de identidad.

Como los menonitas, ámish y huteritas descienden directamente de los anabaptistas del siglo XVI, tienden a olvidar que la Iglesia de los Hermanos

también se entiende ser parte de esta tradición. En estos últimos años hay iniciativas que procuran ahondar la relación entre menonitas y Hermanos, reconociendo esas referencias comunes en el anabaptismo del siglo XVI.

Una de esas iniciativas es la que se ve reflejada en el libro *Corrientes anabautistas*, escrito en 1995 y tra-

ducido por Dionisio Byler en 2008. *Corrientes anabautistas* se puede leer en la sección de Textos, de la web www.menonitas.org.

[Partes de este artículo se basan en uno de Rich Preheim, 11 noviembre 2015, para Mennonite World Review.]

Noticias de nuestras iglesias

Bautismo en Burgos

Burgos, 18 de octubre — Este domingo hemos celebrado un bautismo muy particular. Se bautizaron tres hombres jóvenes, hijos de familias de nuestra iglesia. Cada uno de ellos siguió su propio camino particular que al cabo de los años lo ha traído de vuelta a la fe de sus padres.

Esto llena de fe a nuestra iglesia con respecto a otros hijos de nuestras familias que siguen también sus propios caminos. Consideramos que a la vez que Dios y nosotros respetamos su autonomía para tomar sus decisiones personales y seguir el camino que cada uno escoja, sin embargo hay formas que la vida da giros inesperados y las oraciones de fe de los padres pueden tener un efecto sobre los hijos. La salvación actúa misteriosamente. Oramos con fe por cada uno de los hijos de nuestras familias, no importa en qué estén hoy, encomendándolos a la gracia divina.



Castañada y debate

Barcelona, 31 de octubre — En la Comunidad Menonita de Barcelona tuvimos un interesantísimo encuentro en el que —guiados por Dionisio Byler— pudimos debatir sobre «política y anabautismo». Se trataba de abordar un tema espinoso, desde la madurez y el diálogo, y el resultado fue más que satisfactorio, ya que permitió hablar, en grupo e individualmente, fraternalmente y sin roces.

Para completar la tarde celebramos la *castanyada*, en que asamos castañas y comimos *panellets* en un ambiente festivo junto con los niños. Fue un muy buen tiempo de comunión juntos.

Vídeo de predicaciones

Burgos, noviembre — Este verano de 2015 nuestra iglesia en Burgos, Comunidades Unidas Anabautistas, ha empezado a colgar en YouTube la mayoría de las predicaciones dominicales.

Entre las particularidades de Comunidades Unidas Anabautistas, está la diversidad de predicadores, con el resultado de que se van rotando. Esto resulta en una variedad notable de voces, formas, énfasis personales y

mensajes. Bien es cierto que como ninguno de los predicadores es un/una «profesional» de la predicación, se nos nota seguramente la falta de esa perfección que tal vez exhiban otros predicadores que se puede seguir en YouTube. Confiamos que sin embargo el mensaje del evangelio resulta claro cada domingo, para la gloria de Dios. Se pueden encontrar estas predicaciones entrando a YouTube y realizando una búsqueda con las siglas «IECUA».



Diccionario de términos bíblicos y teológicos

Adviento — La temporada de preparación para la festividad de la Navidad. Durante el Adviento los cristianos hacemos particular énfasis en recordar las profecías que preanunciaban la llegada del Mesías.

El pueblo que a oscuras caminaba vio surgir una luz deslumbradora; habitaban un país tenebroso y una luz brillante los cubrió.

(Is 9,1)

No hay nada en los textos bíblicos que indique una fecha en particular — ni siquiera una estación del año— para el nacimiento de Jesús. A falta de ello, se impuso la costumbre desde la época de la Iglesia imperial romana, si no antes, de celebrar la Navidad en sustitución de las celebraciones paganas del solsticio de invierno (para el hemisferio norte de la Tierra).

Así como en Egipto el dios Sol fue siempre venerado como el principal entre los dioses, el paganismo tardío cuando el auge del cristianismo en el Imperio Romano también tendía a enfatizar el culto al dios Sol Invictus (invencible). El emperador Juliano II —conocido por los cristianos como Juliano el Apóstata—, que reinó a principios del siglo IV, declaró al dios Helios (Sol) como divinidad única. Los romanos celebraban el 25 de diciembre como *dies natalis Solis Invicti* (día del nacimiento del Sol invencible).

Frente a esta teología que parecía tan lógica y natural por enfatizar la preeminencia del Sol entre los divinos astros del cielo, el cristianismo propugnó su propia versión, de Cristo Lucifer (portador de luz), en alusión a aquellos textos bíblicos que hablan de que con la llegada de Cristo, amaneció una gran luz sobre la humanidad, una era de iluminación divina. (Más de mil años después, el nombre de Lucifer, título natural de Cristo, empezó a usarse en sentido inverso, como referencia al diablo —pero esa es otra historia, para otro momento.)

¡Qué mejor manera de simbolizar que con la llegada de Cristo amanece una nueva era de luz e iluminación espiritual sobre la humanidad, que

celebrar su nacimiento cuando el solsticio de invierno!

A lo largo de medio año, los días se van volviendo cada vez más cortos y fríos y sombríos; las noches más largas, en un proceso que parece amenazar con dejar a la humanidad hundida en oscuridad permanente. ¡Excelente parábola sobre las tinieblas espirituales en que está sumida la humanidad sin Cristo!

Pero a finales de diciembre, ¡oh maravilla!, el proceso se invierte y empiezan a alargarse otra vez los días. La luz parece vencer una vez más contra las tinieblas. Este fenómeno era celebrado por el paganismo de la antigüedad. Era observado con especial interés cuanto más al norte vivía la gente, porque allí el fenómeno es más notable y sus resultados más inmediatos. No es casualidad que la construcción monumental neolítica de Stonehenge, orientada hacia la aparición del sol en esas fechas, está en la isla de Gran Bretaña.

Pero el calendario litúrgico cristiano no arranca con la Navidad y el solsticio, sino con la temporada que abarca los cuatro domingos previos a la Navidad. Con el Adviento, entonces, en medio de una creciente oscuridad, los cristianos podían empezar a meditar en aquellas profecías y promesas del Antiguo Testamento que anunciaban la llegada del Mesías. Podían así solapar sus ganas de ver alargarse otra vez los días, con el deseo de la humanidad entera de que nos alumbrara por fin la redención por medio de Jesucristo.

Hoy en nuestras ciudades permanentemente iluminadas, es difícil imaginar la fuerza que tenía para todo el mundo esta imagen —tomada de la naturaleza— de la oscuridad en que estaba sumida la humanidad hasta la llegada de Cristo. Nos queda, sin embargo, el celebrar la época de Adviento y Navidad como un auténtico festival de luz en las calles de nuestras ciudades, con un derroche de iluminación que al final acaba teniendo bastante más de paganismo que de reflexión espiritual.

Un rebrote saldrá del tocón de Jesé,

de sus raíces brotará un renuevo.

El Espíritu del Señor en él

reposará:

espíritu de inteligencia y

sabiduría,

espíritu de consejo y de valor,

espíritu de conocimiento y de

respeto al Señor.

[...]

Juzgará con justicia a los pobres,

con rectitud a los humildes de la

tierra [...]

la justicia será su ceñidor,

la lealtad rodeará su cintura.

(Is 11,1-5)

[Citas de la versión La Palabra.]

—D.B.

EL MENSAJERO es una publicación de la Secretaría de AMyHCE (Anabautistas, Menonitas y Hermanos en Cristo – España).

c./ Estrella Polar, 10
09197 Quintanadueñas (Burgos)

Director: Dionisio Byler

Las opiniones aquí vertidas no son necesariamente las mantenidas por las Iglesias de AMyHCE ni por el director.

De distribución gratuita en las Iglesias de AMyHCE.

www.menonitas.org